



MÁS ALLÁ DE
LOS MUROS

Esperanza

Más allá de los muros



Porque la esperanza no muere
entre muros

A ellas, que siguen floreciendo
más allá de los muros.
A las que hicieron de la palabra
un jardín,
del dolor una raíz,
y de la esperanza, un acto
donde florece la vida.

ÍNDICE

ESPERANZA01

Esperanza, una semilla que florece entre muros, un canto de dignidad y transformación.

ENTRE MUROS GERMINA LA PALABRA02

Allí donde el silencio quiso imponerse, floreció la voz.

ESPERANZA, MÁS ALLÁ DE LOS MUROS03

El corazón del libro: La historia colectiva escrita por las mujeres en condición de encierro, partícipes de este proyecto.

MÁS ALLÁ DE LOS MUROS07

Los muros no terminan en el concreto

EL SENTIDO DE LA ESPERANZA08

No se espera, se construye

ESPERANZA, UN ACTO POLITICO09

Florecer, también es resistir

AGRADECIMIENTOS Y RAICES10

Cada flor tiene su semilla

Esperanza



Este relato colectivo emerge desde el encierro, pero su voz trasciende los límites del castigo para dar testimonio de la fuerza creadora de las mujeres. “Esperanza más allá de los muros” fue tejido de manera participativa por mujeres privadas de la libertad, quienes, desde la palabra, se reconocieron como sujetas de transformación, constructoras de sentido y portadoras de una esperanza que no se rinde ante los muros físicos ni simbólicos.

Esperanza no es solo una protagonista, sino una metáfora viva de todas aquellas mujeres que resisten, que transforman el dolor en creación y el encierro en semilla. Representa la posibilidad de imaginar una justicia distinta, una justicia que no castiga sino que cuida, que repara, que florece. Su nombre encarna la voz colectiva de quienes, aun privadas de libertad, se niegan a ser definidas por la culpa y el olvido.

Cada fragmento del cuento es una grieta abierta en el concreto: una afirmación de vida, una memoria que se rehace, una invitación a mirar más allá de los prejuicios y del estigma. En sus páginas florece la fuerza de lo colectivo, esa que transforma el silencio en palabra y el encierro en un territorio de creación.

Este cuento nació en el marco del proyecto “Más allá de los muros”, como parte de un proceso socioeducativo y reflexivo que reconoce en la narrativa una herramienta para la transformación social, la dignificación de las mujeres y el florecimiento de nuevas formas de justicia. Leerlo es abrirse a la posibilidad de creer, con ellas, que la esperanza siempre encuentra una grieta por donde florecer.

Entre muros germina la palabra

En medio del encierro, la palabra se volvió refugio, territorio y raíz. Lo que comenzó como un ejercicio de escritura se transformó en un acto de libertad simbólica: un espacio donde las mujeres pudieron narrarse desde sí mismas, habitar su historia y nombrar lo que tantas veces les había sido arrebatado —la voz, la memoria, la posibilidad de imaginarse distintas.

La escritura, en este proceso, se configuró como una forma de resistencia. Cada frase escrita entre los muros del encierro fue un gesto político, una grieta abierta en el silencio disciplinario, una apuesta por el reconocimiento propio y colectivo. Desde la palabra, las mujeres resignificaron su experiencia, transformando el castigo en reflexión, el dolor en creación y la ausencia en memoria compartida.

“Esperanza más allá de los muros” surgió así: como un tejido de voces diversas que dialogaron entre sí, entre lágrimas, risas, recuerdos y silencios. Allí, en el acto de narrar, se reconocieron unas a otras, se acompañaron en sus heridas y descubrieron que la palabra puede ser una forma de cuidado. Porque escribir, en contextos de encierro, es mucho más que narrar, es reclamar el derecho a existir, a ser escuchadas, a decir “aquí estamos”. Es afirmar que incluso donde se pretende borrar la vida, siguen existiendo mujeres que florecen.

Esperanza, más allá de los muros

Esperanza nunca imaginó que su vida se reduciría a un uniforme beige y a la frialdad de unas paredes que nunca duermen. Al entrar a la cárcel, le arrebataron sus pertenencias, su nombre y su dignidad. La desnudez no era solo la de su cuerpo en el primer registro, sino la de su alma despojada de identidad ante los ojos de una sociedad que la condenaba más allá de los muros.

Ella no era una santa. Lo sabía. Pero tampoco era el monstruo que la gente imaginaba cuando murmuraba su nombre. Había sido madre antes que cualquier otra cosa, antes que cualquier error, antes que cualquier sentencia. Vendió drogas porque creyó que era la única forma de darles un plato de comida a sus hijos, de pagarles la escuela, de prometerles un futuro menos árido que el suyo. Pero la justicia no entiende de hambre, ni de amor torcido por la desesperación.

El sonido de las rejas cerrándose a sus espaldas fue lo más parecido a un entierro en vida. Sintió cómo la opresión del encierro le bajaba por la garganta, le apretaba el pecho, le taladraba los huesos. Se abrazó a sí misma porque no tenía nada más. Afuera, el mundo seguía girando, la vida continuaba, los relojes avanzaban. Pero para ella, el tiempo acababa de detenerse. El frío del pasillo la recorrió como un escalofrío eterno. Aún llevaba la misma ropa con la que había sido arrestada, ahora sucia y arrugada. Cuando entró al pabellón, las voces la recibieron como un rugido de hienas.

—¡Coopetran! ¡Bienvenida al infierno!

Esperanza no respondió. Sabía que cualquier palabra podía ser usada en su contra, dentro y fuera de la celda. Bajó la cabeza y siguió caminando, con la dignidad rota pero con la necesidad de sobrevivir. Lo peor no había sido el juicio, ni las horas interminables en el calabozo previo a su traslado. Lo peor fue ver los ojos de sus hijos aquella madrugada. Ver el terror en sus caritas adormiladas cuando la policía la sacó esposada de su casa. Escuchar sus llantos ahogados, su confusión, su miedo. Quiso gritarles que todo iba a estar bien, que mamá volvería pronto. Pero no pudo. Porque no sabía si volvería.

Apenas entró a la celda, entendió que en la cárcel no se sobrevive siendo fuerte, sino siendo invisible. El primer mes fue un golpe de realidad. Las noches eran interminables, húmedas y hostiles. El hedor a orina, la suciedad incrustada en los colchones, los murmullos de llanto en la oscuridad. Pero lo que más pesaba era el ruido de su propia mente. No había nada que la distrajera de sus pensamientos. Se preguntaba en qué momento su vida había tomado ese giro. Esperanza era una mujer que había vendido drogas para alimentar a sus hijos. Eso no la justificaba, pero se preguntaba cuántas mujeres en su situación habrían hecho lo mismo. Cuántas habrían elegido la desesperación antes de ver a sus hijos irse a dormir con el estómago vacío. Pero la cárcel no pregunta. Solo castiga.

La dignidad era un lujo que ya no le pertenecía. Aprendió a caminar con cautela, a medir sus palabras, a callar cuando debía. Porque ahí dentro, un gesto mal interpretado podía costarle la vida. Los días eran todos iguales. El amanecer no traía esperanza, solo otro ciclo de angustia, en donde la cárcel se convierte en un escenario de sobrevivencia, conoció lo que es tener frío sin invierno, lo que es sentir hambre aunque haya comida, lo que es perder la noción del tiempo cuando los días son idénticos. Pero lo más cruel no era la rutina. Lo más cruel era el olvido. Seis meses pasaron antes de que su madre lograra quedarse con sus hijos.

Seis meses en los que sus pequeños quedaron a la deriva, soportando miradas de lástima y comentarios crueles. “Hijos de una delincuente”. Esa frase se convirtió en una sombra que los perseguía mientras a ella la mataba por dentro.

El día que los vio nuevamente fue a través de una videollamada, sintió que su corazón se desgarraba. Sus hijos la miraron con una mezcla de alivio y desconcierto, no entendían por qué no podía estar con ellos e ir a abrazarlos de inmediato, mientras que a ella el miedo de ser descubierta le recorría por el cuerpo al mismo tiempo que sentía una cruda tristeza que la sacudía hasta los huesos, pues debía conformarse con mirar a sus hijos a través de una pantalla, solo por unos limitados minutos para no correr el riesgo de ser atrapada.

—Mami, ¿cuándo vienes? —preguntó el más pequeño.

Esperanza quiso responderle que pronto, pero las palabras se atragantaron en su garganta. Porque no sabía cuánto duraría ese infierno. Porque no sabía si alguna vez volvería a ser la misma.

Pasaron los años y, aunque nunca dejó de extrañar su vida fuera, algo dentro de ella se rompió y se adaptó a la rutina del encierro. En la cárcel, la esperanza es un veneno. No sirve de nada imaginar la vida afuera cuando no sabes si alguna vez volverás a ella.

Pero un día, la noticia llegó. La libertad. Cuando cruzó la puerta de la prisión y sintió el sol en la piel, pensó que se sentiría libre. Pero no fue así, porque estaba a punto de enfrentarse a una nueva condena, una en donde los muros no son de concreto, sino de prejuicios. Nadie quería darle trabajo. Nadie quería alquilarle una casa. Nadie quería tratarla como algo más que una exconvicta. Aprendió que la sociedad no perdona. No importa si cumpliste tu condena. No importa si pagaste con años de tu vida. Para el mundo, siempre serás culpable. Pero Esperanza no se rindió. Encontró una mujer que creyó en ella y le dio un trabajo en una farmacia. Aprendió, ahorró y con los años abrió la suya propia. Demostró que su pasado no la definía. Que la cárcel le había arrebatado tiempo, pero no su derecho a una segunda oportunidad.

Aún hoy, cuando camina por la calle con sus hijos, siente las miradas de aquellos que la recuerdan. Aún escucha los murmullos de quienes la juzgan sin conocerla. Pero ya no le importan. Porque lo que realmente importa son las manos pequeñas de sus hijos tomándola con fuerza. Es escuchar sus risas. Es saber que, pese a todo, no la han dejado de amar. Cada 24 de diciembre, vuelve a la cárcel, lleva hallacas, lechona y ropa para aquellas que aún cumplen condena. Porque sabe que, tras esos muros, hay mujeres como ella, esperando la oportunidad que el mundo les niega.

Esperanza entendió que el verdadero castigo no es la celda, el verdadero castigo es luchar cada día contra un mundo que te condena para siempre. Pero ella no piensa rendirse, pues Esperanza sabe que su historia es precisamente una historia que lleva esperanza a muchas otras Esperanzas

que aún están en prisión, un eco de todas aquellas que aún respiran entre rejas, aferradas a la vida con las uñas gastadas de tanto resistir. Sabe que su libertad no es solo suya, sino una grieta en el muro que tantas otras mujeres desean superar. Porque más allá del número que las reduce y del juicio que la sociedad dicta sin escuchar, ellas son hijas que extrañan, madres que aún acunan en sus sueños, hermanas que alguna vez rieron sin miedo.

Son mujeres con nombres, con cicatrices que no solo deja el encierro, sino la indiferencia de un mundo que las condenó mucho antes de pisar la cárcel ¿Cómo rehacer una vida cuando la sociedad ya ha decidido que no mereces otra oportunidad? ¿Cómo encontrar un trabajo cuando tu pasado es más visible que tu esfuerzo? ¿Cómo volver a abrazar a un hijo cuando la sociedad te nombra como una mala madre? ¿Cómo sostenerse cuando la única red que queda es la misma que llevó a muchas de ellas a la cárcel?

Esperanza se aferra al sueño de que algún día la sociedad deje de mirar a través de las rejas, una sociedad que se atreva a derribar los muros que separan, los muros que castigan, los muros que señalan y se atreva a verlas, a reconocerlas. No como sombras de su pasado, no como estadísticas, sino como vidas que claman por una segunda oportunidad, por una justicia que no busque castigar, sino reparar. Porque la resocialización no debería ser un privilegio, sino un derecho. Porque la verdadera condena no está en la sentencia, sino en una sociedad que se niega a creer en la restauración.

Esperanza sigue viviendo. No por ella, sino por todas. Porque mientras haya mujeres olvidadas tras los muros, su historia seguirá gritando su nombre, Esperanza.

Más allá de los muros

Los muros no terminan en el concreto. Se prolongan en las miradas que juzgan, en los silencios que apartan, en los imaginarios que reducen a las mujeres a sus delitos y niegan sus posibilidades de transformación. Están en la indiferencia social que encierra incluso a quienes ya cumplieron su condena, en la frontera invisible que separa a “las de adentro” y “las de afuera”.

Mirar más allá de los muros es reconocer que el encierro no se deshace solo con una puerta abierta. Implica cuestionar las estructuras que lo sostienen: la desigualdad, la pobreza, la violencia, la falta de oportunidades y la ausencia de un Estado que cuide y repare. Es entender que el castigo perpetúa el daño cuando no hay acompañamiento integral, inclusión ni oportunidades dignas.

Las mujeres que escribieron Esperanza más allá de los muros lo hicieron para romper esas fronteras simbólicas, para recordarnos que el afuera también necesita transformarse. Desde sus voces emerge una verdad profunda: la libertad no se improvisa, se teje en red. Porque no basta con liberar cuerpos; hay que liberar imaginarios, desmontar prejuicios, abrir espacios para el reconocimiento y la dignidad.

Más allá de los muros hay comunidad, hay mujeres, hermanas, amigas, tías, madres y abuelas. Hay historias que siguen latiendo en los abrazos que esperan, en las cartas que llegan, en las manos que sueñan volver a sembrar. Más allá de los muros habita la vida que resiste, la que no se deja reducir al delito ni al castigo, la que sigue creyendo en el poder de los vínculos y en el cuidado como forma de justicia.

Allí, la esperanza se hace puente: une a quienes resisten adentro con quienes transforman afuera. Es un llamado a mirar sin estigmas, a escuchar sin miedo, a reconocer que detrás de cada muro hay una mujer con heridas, sí, pero también con sueños, saberes y potencias que siguen latiendo.

Porque la justicia no florece entre rejas ni desde el castigo; florece cuando nos atrevemos a cuidar, a reparar, a incluir. Cuando comprendemos que la libertad también se construye en lo colectivo, en el gesto de reconocer al otro, en la decisión de no dejar a nadie al margen

El Sentido de la Esperanza

No se espera, se construye

La esperanza no es una ilusión ni una espera paciente, es una fuerza que se rehace en la acción. Resignificarla implica comprender que no basta con sentirla, sino que requiere cultivarla, defenderla y construir las condiciones para que florezca.

En el proceso de creación de este relato, las mujeres descubrieron que la esperanza no nace del consuelo, sino del movimiento. Que no se trata de mirar hacia el futuro con ingenuidad, sino de sembrar, aquí y ahora, las semillas del cambio.

Para ellas, Esperanza no fue solo un nombre, sino una postura. Fue la decisión de no rendirse ante el dolor, de transformar la herida en raíz, de afirmar la vida incluso en medio del encierro. Nombrarla así fue una forma de decir: “seguimos aquí, seguimos creyendo, seguimos creando”.

Esperanza, entonces, no es solo un símbolo para ellas, es refugio, es hermandad, es impulso. Es la fuerza que empuja a imaginar colectividades más justas, instituciones más humanas y vínculos desde el cuidado. Porque solo cuando la esperanza se vuelve acción compartida, puede convertirse en camino de florecimiento social.

Esperanza, un acto político

La esperanza, cuando nace desde el control, se vuelve subversiva, sin embargo, Las mujeres que escribieron este relato la resignificaron en un acto político porque comprendieron que esperar no basta, hay que transformar. Su esperanza no se conforma con imaginar un mundo distinto, trabaja por construirlo, lo nombra, lo teje con gestos de cuidado, con palabras compartidas y con hermandad.

En contextos donde el castigo busca disciplinar y silenciar, la esperanza se vuelve resistencia. Resistencia al olvido, a la culpa impuesta, a la mirada que margina. Resistencia que florece en lo cotidiano, en el apoyo mutuo, en el arte y en el amor que sobrevive a los muros.

Así, la esperanza se levanta como un acto profundamente político porque se atreve a imaginar la justicia desde el cuidado y no desde el castigo. Porque afirma que toda transformación social empieza por el reconocimiento del otro y por el compromiso de sanar colectivamente.

Esperanza es insistir.

Es cuidar.

Es resistir para seguir floreciendo.

Agradecimientos y raíces

Cada flor tiene su semilla

Este proceso floreció gracias a muchas manos, voces y corazones que creyeron en la posibilidad de transformar el encierro en un territorio de creación.

Principalmente, a las mujeres que hicieron posible este proyecto: Cactus, Cayena, Girasol, Flor de Loto, Margarita, Clavel, Tulipán, Gardenia, Orquídea, Rosa, Sakura y Lirio. Ustedes, flores que resisten en medio del concreto, nos enseñaron que aun en la aridez y el encierro florece la vida. Este trabajo es, ante todo, un homenaje a su valentía, a su palabra y a la dignidad que día a día reafirman más allá de los muros. En cada palabra escrita germina su fuerza, su ternura y su capacidad de volver a empezar. Son ustedes quienes, aun entre muros, lograron enseñarnos que la libertad también se escribe, se baila, se canta y se siembra.

A quienes acompañaron este proceso desde el compromiso ético-político y humano del Trabajo Social, sembrando diálogo, escucha y cuidado. Gracias por convertir la investigación en un acto de encuentro, en una apuesta por la dignificación y en un gesto profundo de justicia del cuidado.

A las instituciones y personas que abrieron las puertas, que creyeron en el poder de la palabra y en la posibilidad de florecer incluso en los contextos más áridos.

Porque este proceso no termina aquí: sigue latiendo en cada historia, en cada semilla que brota del encuentro y en cada gesto que apuesta por el cuidado. Que las raíces sembradas en este camino sigan creciendo en otros territorios, abriendo grietas en la indiferencia y dando fruto en forma de esperanza, justicia y vida digna.

Con cariño
Shaira y Maria Fernanda



MÁS ALLÁ DE
LOS MUROS